

XX PREMIO DE NOVELA  
CIUDAD DE BADAJOZ

JUAN REY

1369

algaida



Un jurado compuesto por Carmen Amoraga, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Paloma Morcillo y Manuel Pecellín Lancharro concedió a la novela titulada *1369*, de Juan Rey, el XX Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Primera edición: 2017

© Juan Rey, 2017  
© Algaida Editores, 2017  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-724-7  
Depósito legal: SE. 144-2017  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para Manolo Garrido y Adrián Huici*



Un hombre no puede tener peor destino  
que estar rodeado de almas traidoras.

WILLIAM BURROUHS



## DRAMATIS PERSONAE

ALFONSO XI: rey de Castilla; padre de Pedro I y de Enrique, Fadrique, Tello y Juana; primo hermano y esposo de Constança; hermano de Urraca; amante de Leonor de Guzmán.

BLANCHE: esposa de Pedro I; hija de Pedro de Borbón; sobrina del rey de Francia.

CONSTANÇA [María\*]: hija de Alfonso IV de Portugal; prima hermana y esposa de Alfonso XI; madre de Pedro I; *primastra* hermana de João Afonso.

ENRIQUE: hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán; hermano de Fadrique, Juana y Tello; hermanastro de Pedro I; *primastro* de Ferran y Joan; esposo de Juana Manuel.

FADRIQUE: hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán; hermano de Enrique, Juana y Tello; hermanastro de Pedro I; *primastro* de Ferran y Joan.

FERNÃO DO CASTRO: sobrino de primos hermanos de Alfonso XI; primo segundo de Pedro I; hermano de Xoana; esposo de Juana, hija bastarda de Alfonso XI.

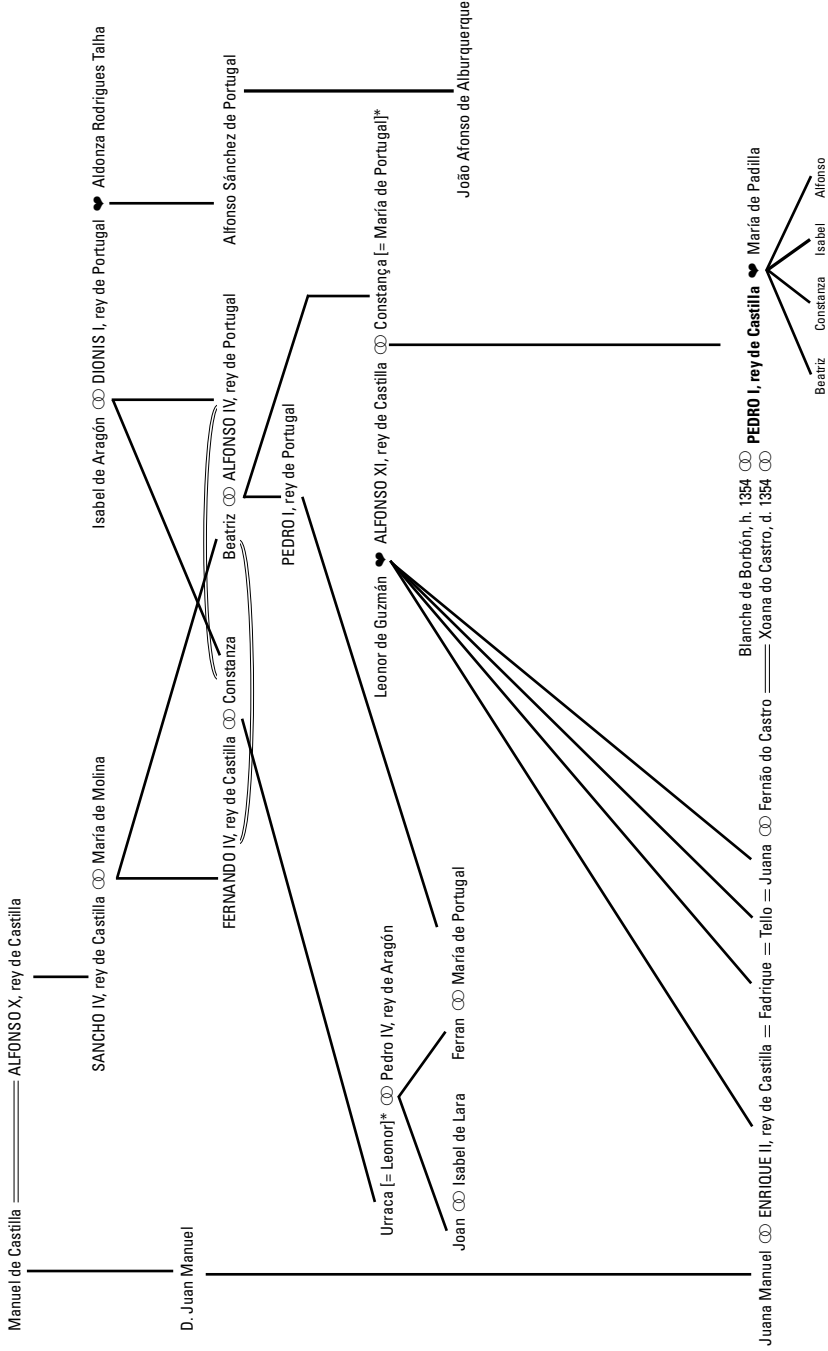
---

\* Entre corchetes se indica el verdadero nombre del personaje histórico.

- FERRAN: hijo de Urraca y Alfonso IV de Aragón; hermano de Joan; primo hermano de Pedro I; *primastro* de Enrique, Fadrique, Juana y Tello; esposo de la infanta de Portugal.
- JOAN: hijo de Urraca y Alfonso IV de Aragón; hermano de Ferran; primo hermano de Pedro I; *primastro* de Enrique, Fadrique, Juana y Tello; esposo de Isabel de Lara.
- JOÃO AFONSO DE ALBURQUERQUE: hijo de Alonso Sánchez, bastardo de don Dionís de Portugal; *sobrinastro* de Alfonso IV de Portugal, abuelo de Pedro; *primastro* hermano de Constança; *tias-tro* de Pedro I.
- JUAN FERNÁNDEZ DE HINESTROSA: tío de María de Padilla.
- JUANA: hija de Alfonso XI y Leonor de Guzmán; hermana de Enrique, Fadrique y Tello; hermanastra de Pedro I; *primastra* de Ferran y Joan; esposa de Fernão do Castro.
- JUANA MANUEL: hija de don Juan Manuel (el escritor), pariente de Alfonso XI; esposa de Enrique.
- LEONOR DE GUZMÁN: amante de Alfonso XI; madre de Enrique, Fadrique, Tello y Juana.
- MARÍA DE PADILLA: amante de Pedro I; sobrina de Juan Fernández de Hínestrosa; madre de Beatriz, Constanza, Isabel y Alfonso.
- PEDRO I: hijo de Alfonso XI de Castilla y Constança de Portugal; hermanastro de Enrique, Fadrique, Juana y Tello; primo hermano de Ferran y Joan; sobrino de Urraca; amante de María de Padilla; padre de Beatriz, Constanza, Isabel y Alfonso, habidos con María de Padilla.
- TELLO: hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán; hermano de Enrique, Fadrique y Juana; hermanastro de Pedro I; *primastro* de Ferran y Joan; esposo de Juana de Lara.
- URRACA [Leonor]: hermana de Alfonso XI; tía de Pedro I; esposa de Alfonso IV de Aragón en segundas nupcias; madre de Ferran y Joan.
- XOANA DO CASTRO: sobrina de primos hermanos de Alfonso XI; prima segunda y esposa de Pedro I; hermana de Fernão do Castro.



# ÁRBOL GENEALÓGICO



— hijo (-a) de

= hermano (-a) de

[=]\* verdadero nombre del personaje histórico



I



*ES LA MADRUGADA DEL VEINTITRÉS DE MARZO DE MIL TRESCIENTOS sesenta y nueve cuando siente un abrazo que lo inmoviliza. Hace frío, porque en Castilla hace frío en primavera y porque con las prisas va ligero de ropa. Son seis, ocho, diez brazos que lo ciñen en la oscuridad. Son cuerpos como sacos de trigo que lo emparedan y aprisionan. Nota un olor acre, a vino rancio y guiso de cebolla, y quizás en la mejilla el picor de una barba descuidada. Oye un leve murmullo de voces en no sabe qué lengua, palabras sueltas, apenas bisbiseadas que surgen del silencio y desaparecen en la profundidad de la noche que todo lo envuelve y todo lo camufla. El reclamo de un búho rompe el silencio y este canto melancólico lo transporta a muchos años atrás, cuando, siendo un muchacho, se refugiaba en la ribera del río.*

**R**ECOSTADO EN LA ORILLA, EL JOVEN CONTEMPLA EL HALCÓN que se desliza por el cielo. La cabeza sobre los brazos cruzados, una brizna de hierba en los labios, la camisa asomando bajo el jubón entreabierto y el pensamiento perdido en las alturas. El ave permanece inmóvil, detenida en el espacio cristalino. Con las alas desplegadas desciende vertiginosamente para planear después con la levedad de una pluma mecida por el viento. No busca nada. No persigue nada. Solo recorre el espacio, majestuosa, ajena a las miradas de su dueño. Remonta el vuelo ejecutando una tenue voluta que enseguida se deshace con la elegancia de una cinta de seda. Luego se desploma veloz sobre el río trazando apenas un leve surco en el agua con el pico. Al instante alza el vuelo con la parsimonia de quien se sabe fuerte, poderoso. Entre los juncos, el joven se extasía siguiendo la trayectoria del ave que va y viene con sinuosa cadencia por el azul bruñido que, como en una miniatura, se eleva más allá del río, los prados y las suaves colinas del Aljarafe.

Quién pudiera volar, se dice indiferente a la tibia luz de marzo y a las yemas que despuntan en las ramas aún secas de los álamos. Nada le importa ni lo inquieta. Está absorto en el vuelo del neblí que le regaló su padre antes de partir para el

cerco de Gibraltar. Lo ha llamado Botafuego. Es el más hermoso de cuantos posee. Se desvive por él porque se lo entregó su padre cuando ya tenía un pie en el estribo. Cuídalo como yo lo haría, le dijo con el gesto adusto con que siempre lo trataba. Él le devolvió una sonrisa tímida. Desde el patio de la Montería lo vio salir del alcázar entre vítores, estandartes, relinchos y tambores. Quién pudiera ir a la guerra, se decía mientras la tropa se alejaba y se alejaban sus hermanastros que sí iban a la guerra enarbolando sus pendones. En la orilla del río, defendido por cañaverales y adelfas, solo tiene ojos para contemplar cómo vuela el neblí, cómo gira, se eleva, desciende y vuelve a subir, solitario, surcando lejano el aire que dora el sol de primavera. Es la libertad, piensa. El viento agita suavemente los juncos. Es mediodía y el tiempo parece haberse detenido. La luz inunda el espacio y convierte el río en un espejo en el que se refleja el halcón. En la distancia, no acierta a saber si el ave en su vuelo se acerca o aleja de la superficie reluciente. El sol reverbera sobre el agua plateada. El muchacho entorna los ojos.

Inmóvil sobre la hierba, recuerda voces distantes y sucesos fugaces que se pierden en el laberinto de su memoria. A través de la niebla del tiempo emerge un ayo que le enseña la composición de la armadura del caballo y el caballero. Y él, aprendiz aplicado, va nombrando cada una de las piezas a medida que el instructor se las señala. Visera, celada, barbuta y guardarrén, salmodia con el hastío de quien se lo sabe a la perfección porque lo ha repetido hasta la saciedad. Y todas juntas, prosigue mecánicamente, componen el yelmo, que sirve para defender la cabeza. De los golpes externos, acuérdate, Pedro, el yelmo solo sirve para protegerla de los golpes exteriores, repite el ayo con la ternura que da la edad y la distancia a la que obliga el protocolo.

Las cañas mecidas por el viento le evocan un jardín remoto en el que un maestro de armas lo adiestra en el manejo de la espada y la daga. Y él, olvidándose de la leve cojera, esquiva los golpes y se burla del acero con la agilidad de un cervatillo. No hay finta que lo engañe ni espadazo que lo alcance. Tampoco le falta destreza para arrinconar a su contrincante con dos movimientos de muñeca. Tiene arrojo, inteligencia y un cuerpo elástico que se escurre y calcula las maniobras del adversario antes de que las ejecute. Nunca ha visto cosa igual, exclama el maestro limpiándole el sudor de la cara al tiempo que le ordena el cabello rubiasco que le enmaraña la cabeza. Al ver cómo evita una estocada solo con un leve giro de cintura o cómo ataca al contrincante con la rapidez del rayo, su maestro se imagina que, con tanta gallardía y pericia, bien podría ser uno de los caballeros que recorren la Cristiandad en busca de aventuras. Pero es una pena que se llame Pedro, un nombre tan tosco para un caballero andante, y que sea de Burgos, tierra que carece del misterio y el encanto de Gaula o Niquea. También es una lástima que no tenga las virtudes de tan nobles caballeros, porque a veces se enfada y en un instante pasa de la mansedumbre a la arrogancia y de la timidez a la cólera. Sin embargo el muchacho no se preocupa de los nombres ni virtudes de los héroes cuyas aventuras devora cuando lo dejan a solas en su alcoba. Le gusta Lanzarote porque es capaz de derrotar un ejército solo con su espada y sobre todo Tristán porque, además de valiente, es enamorado.

Vuela el ave y vuela su pensamiento por la quebrada de los recuerdos. Un profesor lo alecciona en el estudio de las artes liberales. Entusiasta de los griegos y romanos, su padre estima que solo con una excelente instrucción se puede alcanzar la templanza y el dominio que necesita todo gobernante. Y más su heredero, tan lejos de él y tan cerca de las congojas y



rencos de su madre. Esta admiración por los antiguos es la razón que le hizo buscar en Castilla e Italia a los mejores preceptores para que, a imitación del universo, hicieran un individuo armónico de su único hijo legítimo que, a pesar de su hablar dificultoso, ha aprendido a expresarse de manera elocuente con la ayuda de la gramática y la retórica, y con la tenacidad e insistencia de sus instructores que también se afanan en enseñarle aritmética, geometría, música y astronomía. No le interesa el estudio de los números ni del espacio, pero le fascina el movimiento, de ahí su pasión por la música y la astronomía. La danza y las estrellas. ¿Qué puede esperarse de un muchacho con la cabeza llena de halcones?, piensa su tutor llamándole la atención para que deje de mirar a las muchachas que corretean por el jardín. Son las doncellas de palacio, hijas de nobles, meninas de su madre, que se pasan el día entre juegos y canciones. Él las mira con delectación. Observa sus senos apenas incipientes, sus piernas delgadas y el rubor casi traslúcido de sus mejillas. A veces se olvida de la gramática y se queda embobado mirándolas correr, gritar, disputarse una cinta, hasta que el ayo lo saca de la ensoñación con una colleja. Se siente fascinado por las muchachas. Sus cabellos al viento, sus vestidos al aire y sus labios que susurran palabras lejanas. Son un mundo extraño que lo atrae y fascina. No sabe con certeza qué es esa fuerza oscura que lo encandila e intimida al mismo tiempo. Son las mujeres, le dirá años después João Afonso, el primo de su madre.

El canto de un jilguero entre las ramas le recuerda la voz trémula de don Bernabé que lo instruye en las sutilezas y dificultades del gobierno. ¿Por qué sostiene Aristóteles que el gobierno de uno es mejor que el de muchos?, le pregunta el viejo obispo con el libro abierto por el capítulo tercero. Y él, con la lección aprendida, expone con detalle los motivos que da el

filósofo en defensa del gobierno de un solo individuo. El anciano pasa las páginas distraídamente y, al llegar al capítulo quinto, se detiene un instante con la hoja sostenida en el aire, observa a su discípulo y piensa en el futuro. Y piensa también en los nobles que, por su mucha edad, bien sabe que son capaces de emprender lo previsible y acometer lo imprevisible. Para espantar los malos pensamientos, le pregunta por qué es preferible que la sucesión sea por herencia y no por elección. Y él, un muchacho de apenas doce años, desgrana minuciosamente las cinco razones por las cuales es más beneficiosa la sucesión por herencia. El viejo mentor observa a su alumno y lo interroga sobre el rey y el tirano. ¿En qué se diferencian? Y él, escolar diligente, le dice que la respuesta se halla en el capítulo sexto, y a continuación comienza a desarrollar los cuatro argumentos que da el filósofo griego en defensa del rey. El principal, arguye, es que este procura el bien de sus súbditos mientras que el tirano solo busca su propio provecho, y que de esta diferencia principal derivan las otras tres. Pero no puede proseguir porque un repentino golpe de viento cierra el libro para alivio del maestro y regocijo del alumno.

Son preceptos de ayos y lecciones de instructores que se desvanecen en la distancia. Una pesadilla que se esfuma en cuanto se aleja del alcázar y sin pajes ni criados se interna con el caballo, el neblí y los perros por la alameda del río. Tampoco quiere que lo acompañe el halconero. Las órdenes son tajantes. Hay que dejarlo solo. Solo, grita el muchacho espoleando el caballo. Ufano, cabalga a galope tendido hacia la soledad en la que se siente libre como el halcón que ahora se desliza por el aire transparente. Esto es la libertad, se dice para conjurar los rumores envenenados de patrañas y falacias. La libertad, piensa para olvidar las lágrimas y sollozos de su madre abandonada. La libertad, repite para escapar del cerco de los confidentes de

la concubina de su padre. Frente al alcázar y su etiqueta, el río; frente a la corte y su afable hipocresía, la orilla del río. Álamos, adelfas, juncos, cañas, agua, viento, sol. El río, siempre el río como refugio de tanta ignominia y menosprecio.

La espesura de la arboleda con sus rumores lejanos y sus sombras atravesadas por los rayos del sol es su dominio privado, un territorio que recorre con la agilidad de un corzo, un lugar recóndito donde no tienen cabida el oprobio ni el desaire. Tampoco las lágrimas ni las recriminaciones. Desde aquí la vida en palacio le resulta ajena. Nada le interesa de ese mundo turbio por el que, espectro de sí mismo, deambula seguido de dos pajes, cuatro escuderos y mil espías. Un jubón recamado no vale la pluma de un zorzal y una bellota sabe mejor que el manjar más delicioso. Bocarriba, mientras el halcón se desliza ingrávito por el cielo, disfruta de la libertad anhelada, pero un oscuro resquemor le corroe el corazón y, sin que pueda resistirse, lo arrastra hasta las estancias del alcázar donde dos mujeres se enfrentan a muerte por el amor de un hombre. Una es hermosa, de cabello oscuro, ojos vivaces y gentil conversación. Otra es triste, de frente pálida, ojeras profundas y largos gemidos. Una, rodeada de aduladores, siempre sonríe. Otra, acompañada de sus meninas, suspira largamente aguardando la venganza. Aquella es la amante de su padre. Esta es la esposa, su madre. Y él, un bebé, un crío, un niño y ahora un muchacho, en medio de una guerra cuyas heridas no logra cicatrizar porque, apenas concluye una escaramuza, se inicia una refriega y a una pendencia le sigue una reyerta. Pero todo con cortesía y reverencias. No cabe un grito ni un mal gesto. Basta una mirada de la concubina para que la esposa del rey se enardezca y con los labios apretados, la llame perra cachonda y la maldiga mil veces antes de tenderle la mano para que se la bese. Por eso él, con su padre en el frente y su madre en su guerra de celos y

alcobas, sin nadie en quien confiar porque a la postre todos resultan delatores, se refugia en la ribera del río rodeado de caballos y neblías. Solo está a gusto con los animales, se murmura en el círculo de la concubina. Porque él mismo es una fiera, susurra alguien. Los demás asienten con una discreta sonrisa. Pero no hay que olvidar que es el heredero de la corona, apostilla Juan Manuel, un viejo cortesano pariente del rey. Un gélido silencio apaga el regodeo de la reunión.